

# Los desafíos planteados a la catequesis francesa

***Denis Villepelet\****

Agradezco cordialmente al equipo responsable de este «Coloquio» que me haya invitado a participar en vuestra búsqueda sobre la catequesis, mediante esta modesta contribución, entre otras. Les voy a hablar de los problemas de la catequesis en Francia, de cómo se entienden y cómo se procura responder a ellos. Sé muy bien que los problemas catequéticos están contextualizados, como suelen repetir los anglosajones. En nuestro país la catequesis camina a tientas y ensaya un futuro que no acaba de perfilarse. Pero estos ensayos tienen a veces resultados inesperados y geniales, aunque inseguros. Los catequistas no hacen mucho ruido pero siguen avanzando. Esta lección de humildad nos invita constantemente a revisar a la baja todos nuestros proyectos; pero no impide creer profundamente, como hacen muchos, que este mundo de cambios acelerados no es menos digno del Evangelio de Cristo que la época anterior, que hemos dejado atrás definitivamente.

Para que puedan seguir mi intervención sin demasiada dificultad, hay que recordar que en Francia la catequesis es mayoritariamente parroquial, debido a la ley de 1905, que instauró la separación de Iglesia y Estado. Los niños que tienen catequesis en las escuelas católicas sólo constituyen el 8 % de todos los niños catequizados. Paradójicamente este Estado laico y republicano considera hoy que es urgente enseñar el «hecho religioso» en la escuela. Resulta, pues, que la catequesis francesa está poco

---

\* Director del Instituto Superior de Pastoral catequética de París.

escolarizada. Podía pensarse que esta circunstancia le habría permitido desplegar gran creatividad; sin embargo, esta situación tan eclesial o tan circunscrita a la institución encierra la catequesis en sí misma y la confina, a veces, a su propio funcionamiento.

Dicho lo anterior y en atención a lo que se me ha pedido, esta intervención tendrá cuatro partes. En primer lugar describiré a grandes rasgos la situación de la catequesis en Francia. En segundo lugar hablaré del cambio de actitud catequética; cambio fundamental que se está produciendo y que creemos que será provechoso. En tercer lugar presentaré tres grandes desafíos que hay que destacar: la interioridad, la iniciación y la comunidad. En cuarto lugar resumiré, a modo de conclusión, algunas cuestiones concretas que se plantea la catequesis francesa para elaborar una nueva pastoral catequética.

## **SITUACIÓN DE LA CATEQUESIS EN FRANCIA**

Para empezar nuestro desarrollo sobre el estado de la catequesis francesa, citemos la experiencia de un testigo de la fe que ha recorrido buena parte del siglo anterior. Según René Rémond:<sup>1</sup>

«Hay que admitir que en el espacio de apenas un siglo hemos visto tantos cambios en el cristianismo y en la sociedad que nos resulta difícil reconocerlos.

En particular, presenciamos hoy un cristianismo sin precedentes: más minoritario, despojado y frágil, muy preocupado por su propia decadencia. Ahora bien, hace pocos decenios (muy poco tiempo dentro de la escala humana) la generación a la que he pertenecido se sentía verdaderamente orgullosa de ser cristiana. Ni atisbos de decadencia. Las dos o tres generaciones siguientes crecieron en un clima favorable en el que se sentían felices de ser cristianas, sin complejos. Además tenían la impresión de estar construyendo el futuro y de participar en la edificación de la sociedad».

---

<sup>1</sup> René Rémond, *Le christianisme en accusation*, Desclée de Brouwer, París 2000, p.153.

En Francia estamos atravesando una tremenda crisis de la transmisión; crisis que afecta por lo menos a todas las instituciones de la sociedad que desempeñan un papel en la educación de los jóvenes. Los medios de comunicación subrayan de continuo la crisis de la familia, la de la escuela o la de las Iglesias; evocan, incluso, la crisis de los movimientos juveniles y de los clubes deportivos. Esta crisis afecta de lleno a la Iglesia católica y a una de sus instituciones esenciales, la catequesis. Desde la posguerra la catequesis francesa ha concentrado sus esfuerzos en los niños de ocho a doce años, sin olvidar, por supuesto, las otras edades, de las que tampoco se ha preocupado demasiado. Según una encuesta nacional de 1994, el número de niños catequizados en las parroquias era el 42 % de las edades estudiadas. Hoy mismo, a pesar de diferencias significativas entre las regiones francesas, los sondeos efectuados en diversas diócesis revelan que el porcentaje medio de catequización equivale, más o menos, al 33 %. O sea, este porcentaje ha disminuido un 1 % cada año.

Tradicionalmente la catequesis se entiende como una especie de catecumenado postbautismal, que prolonga y consolida el trabajo empezado por las familias. Los padres son los primeros mediadores de la transmisión y del desarrollo de la fe de los hijos. Pero hoy esto no es del todo así. Por ejemplo, en 1966 seis padres de cada diez querían educación cristiana para sus hijos. En 2003 sólo había dos sobre diez. En realidad muchos de estos padres pertenecen a una franja de edad muy influenciada por la secularización y que mantienen una relación distante y difusa con la fe de su propia infancia. Ya en 1997 el sociólogo Roland Campiche<sup>2</sup> subrayaba que entre los que tienen 60 o más años y los que tienen entre 18 y 29 años, el número de los que dicen pertenecer a una religión decae vertiginosamente: ¡del 80 % para los de 60 años y más, se cae al 47 % para los otros! E incluso los más convencidos de estos últimos reconocen que no practican tanto como sus mayores. Estas cifras que permiten no hacerse demasiadas ilusiones sobre la realidad, traducen el agotamiento y desgaste de las formas tradicionales de la transmisión catequética,

---

<sup>2</sup> Roland Campiche, *Cultures jeunes et religion en Europe*, Cerf, París 1997.

independientemente de sus métodos y ritmos, contenidos e itinerarios. La crisis de la catequesis no es sobre todo una crisis de los medios de transmisión (hay que recordar que el siglo XX fue fructífero en descubrimientos psicopedagógicos); su crisis es el cuestionamiento radical y profundo de lo que se transmite. Como si lo transmitido hubiera perdido su pertinencia para el mundo contemporáneo. Las generaciones jóvenes de nuestros países europeos son cada vez más indiferentes respecto del camino de felicidad que propone el cristianismo.

A estas transformaciones cuantitativas se añaden transformaciones cualitativas del vínculo religioso, incluso en las formas de vivir la fe cristiana. Vemos también transformaciones en el mismo cristianismo. Se puede hablar de un fenómeno de individualización y subjetivación de la fe. Aumenta la indiferencia hacia las instituciones religiosas. El 71 % de los franceses están de acuerdo con esta proposición: «*cada uno tiene que definir su religión independientemente de las iglesias*».<sup>3</sup> Las grandes estructuras de la vida cristiana ya no son las primeras referencias a las que se acude para trazar el propio itinerario espiritual. Las referencias institucionales tienen poca importancia incluso para quienes se declaran cristianos y dicen que su vida se unifica en torno al evangelio y a la fe.

Atravesamos, pues, un periodo de verdadera recomposición espiritual. La atracción por lo religioso (incluyendo lo cristiano) no ha desaparecido; se ha metamorfoseado. Uno no se siente cristiano de la misma manera que antes; es como una diferente que aprovecha las realidades religiosas disponibles. Cada individuo se toma la libertad de construir una especie de religión privada, libre de toda cortapisa institucional. Se trata de una fe más nómada e imprecisa, que representa la dimensión más libre de la libertad. Es un factor de la realización personal, que no está necesariamente orientada a la trascendencia. La búsqueda espiritual de mucha gente queda reducida a una migración dentro de sí mismos. Pero esta fe informal y creadora no lleva a que todo gire en torno a ella.

---

<sup>3</sup> Jean Marie Donegani, *Inculturation, sécularisation et proposition de la foi*.

Esta libre iniciativa religiosa que admite pluralidad de opciones, desemboca en realizaciones sorprendentes. Se picotea en Buda o en Jesús y luego se hace una amalgama recomblando los elementos en un centón multicolor muy singular. Resulta así que puede haber catequistas que sin dejar de afirmar sus convicciones cristianas, crean que la reencarnación de Buda es más verosímil que la resurrección de Cristo (!). Esta diversificación extrema de lo religioso, incluso en el mismo individuo, es muy propia de nuestra época, caracterizada por la multiplicidad de vinculaciones y referencias. Como dice Claude Eslin:<sup>4</sup> «Puesto que las relaciones sociales que podemos tener se han hecho liberales, menos intensas, efímeras, invisibles» no hay motivo para que «nuestras relaciones con lo divino no tiendan a ser lo mismo, autónomas, menos intensas, cambiantes y no jerárquicas».

## CAMBIO DE ACTITUD CATEQUÉTICA

En la carta de 1996, titulada *Proponer la fe en la sociedad actual*,<sup>5</sup> los obispos de Francia concluían así su diagnóstico, más bien pesimista, sobre el estado de la Iglesia en Francia: «*Lo que hoy se cuestiona en nuestra sociedad es la importancia y el futuro de la fe*»; pero añadían con energía: «*Rechazamos toda nostalgia por el pasado, cuando el principio de autoridad parecía imponerse de modo indiscutible. Queremos hacer presente la fuerza de proposición del Evangelio precisamente en el contexto de la sociedad actual*». Es poco frecuente oír hablar del Evangelio en términos de energía. ¡La energía de la Buena Nueva es fuerza para vivir!

Hoy ya no podemos presuponer una sintonía real entre nuestros contemporáneos y este misterio cristiano del amor y su poder de renovación. La Buena Nueva no figura ya en el depósito de la memoria viva ni anima el

<sup>4</sup> Claude Eslin, «La nouvelle situation religieuse», revista *Christus*, n.º 186, abril 2000, p. 199.

<sup>5</sup> Obispos de Francia, *Proposer la foi dans la société actuelle, Lettre aux catholiques de France*, Cerf, París 1996.

horizonte de las expectativas de los seres humanos. Como sugieren los obispos de Francia, se trata, pues, de proponer esta fuerza para vivir; y hacerlo sin rebajar lo que tiene de tajante, de abrupto y desconcertante; como una Buena Noticia nueva y original en medio del mercado contemporáneo de sabidurías y valores. Proponer no es ni enseñar ni imponer porque la fe sólo puede ser acogida libremente y con pleno conocimiento de causa. Proponer es estar convencido de que en este mundo en crisis sigue siendo posible la experiencia actual de Dios y de su amor. Esta dinámica de la proposición requiere abandonar los caminos demasiado conocidos de la transmisión y de la evangelización. Hay que descubrir con qué condiciones hay que anunciar a Jesucristo para que aparezca como buena noticia de verdad. La catequesis francesa debe emprender un serio trabajo de inculturación. Este trabajo provoca enfrentamientos, rechazos, entusiasmos y mestizajes; puede conducir a callejones sin salida y avanza a menudo por tanteo.

En el fondo, ¿a qué nos conduce esto? Para comprender el cambio de orientación que la catequesis francesa querría dar a su labor con los niños y los adultos hay que partir de la renovación catequística que surgió en la segunda mitad del siglo XX; el acto catequístico era concebido como un arco que une de modo dialógico dos polos catequéticos: el polo kerigmático que acentúa la revelación y el polo antropológico que insiste en la relación fe-vida. El primer polo se apoya sobre todo en la teología de Karl Barth (1886-1968) o de Rudolf Bultmann (1884-1976), la cual entiende la revelación como la conexión de realidades básicamente contradictorias: el único camino del hombre para ir a Dios es el que va de Dios al hombre y se llama Jesucristo. En este camino Dios pronuncia un formidable «sí» sobre el mundo; este «sí» es el único que puede sobrepasar el «no» del hombre, no sólo a Dios sino a sí mismo. Este juicio de Dios sobre el mundo se ha realizado ya en la historia en el proceso de Jesús. Nada es inteligible sin la prodigiosa luz del misterio pascual. El encuentro de Dios con el mundo es visto como crisis cristológica de la muerte y de la resurrección. Este polo kerigmático de la catequesis privilegia el anuncio cálido y trastornante de la Buena Nueva del Evangelio. No se estructura según la

dialéctica de ignorancia y saber, sino que une revelación y conversión. Se trata de mover los corazones mediante la comunicación del mensaje en cuanto radicalmente nuevo, tajante y desconcertante incluso, vigoroso y vivificante, para suscitar una respuesta personal de fe e invitar a la conversión.

El segundo polo del arco catequético se apoya más bien en la orientación antropológica de la teología de Karl Rahner (1904-1984), entre otros. Para Rahner, el «creer» es una dimensión inherente a toda subjetividad. La idea de que todo hombre es naturalmente «un ser atraído hacia Dios» es una estructura antropológica fundamental. Esta estructura religiosa de la naturaleza humana no puede ser destruida. Todos los hombres, tanto si lo saben como si no, participan en las verdades más profundas del mensaje cristiano y se benefician de ellas. El hombre sigue manteniendo su capacidad de acceso al misterio incluso en medio de la crisis religiosa actual, incluso en esta sociedad secular y pluralista que no necesita de Dios para explicarse, comprenderse y vivir. Esta convicción de Rahner se basa en la idea que él tiene de la revelación de Dios al hombre: si Dios se autocomunica a los hombres en su Hijo, los hace gratuitamente capaces de recibir esta comunicación, sin la cual el hombre no podría acceder al reino de la felicidad divina.

Para este polo antropológico de la catequesis el concepto de experiencia es un concepto orgánico y esencial. La catequesis se basa en la articulación de la experiencia humana y el proceso de la fe. En la catequesis la vivencia individual y social se transforma en experiencia de fe. En Jesucristo, Verbo encarnado, Dios habla al hombre; y esta palabra ilumina la experiencia humana y sus diferentes aspectos. La fe en Jesucristo asume las diversas dimensiones de la existencia, las integra, las unifica y les da sentido. El polo antropológico concibe el cristianismo como continuidad y coronamiento.

La situación crítica que hoy atraviesa la catequesis francesa nos invita a dar a los procesos de la transmisión del Evangelio una orientación más

kerigmática que antropológica, a pesar de que desde hace medio siglo la catequesis francesa tenía una orientación netamente antropológica. Hay que pasar de una catequesis que mantiene y consolida la fe que ya existe, a una catequesis que despierta el deseo y propone la novedad radical del Evangelio, porque ya no podemos actuar como si esta Buena Nueva fuese ya conocida y estuviera naturalmente inscrita en la memoria cultural de las personas.

## **TRES GRANDES DESAFÍOS CATEQUÉTICOS**

### **El desafío de la iniciación**

La catequesis francesa ha copiado mucho a la escuela: sus ritmos, su manera de entender el aprendizaje y su pedagogía. Algunos libros de catequesis están concebidos como programas escolares que proponen aprendizajes graduales en función de objetivos predeterminados. No se ha captado que toda pedagogía es indisoluble de la política educativa subyacente. Ahora bien, la cultura pedagógica de la institución escolar tiene un proyecto fuertemente humanista que excluye de sus objetivos toda dimensión de misterio. Parafraseando a Wittgenstein, podríamos decir que en la escuela las cuestiones «místicas» carecen de sentido. El ser humano está biológica, psíquica y socialmente programado para aprender por sí mismo, de modo autónomo y crítico, sin tener que acudir a ninguna fuerza trascendente. Esta cultura pedagógica, nacida en el siglo XVI, se propone formar sujetos autónomos y responsables, dotados de juicio y que hallan en sí mismos los medios para obrar. Según esta pedagogía, la dimensión religiosa no es más que un epifenómeno, y el misterio queda reducido a enigma que hay que resolver, mero indicio de una incompreensión provisional que terminará siendo aclarada.

En modo alguno queremos rechazar este proyecto de la escuela. Pero nos preguntamos si es pertinente para proponer la fe cristiana. Para ella,

en efecto, la categoría de «misterio» o de «sacramentum» es central. El misterio no es un enigma que hay que descifrar, ni una ilusión que hay que desenmascarar, ni un espejismo fruto de la magia de las palabras. El misterio es la revelación misma de Dios, el hecho de que Dios se comunica y se da a conocer a los hombres; es pura gratuidad, amor excesivo que se da sin medida y sin pedir nada a cambio, «escándalo para los judíos y locura para los gentiles» (1Cor 1, 23). Este misterio es anunciado y se hace fuente de conocimiento (Ef 1, 9ss), pero no como si se tratara de un objeto ni como una representación que podamos abarcar. No captamos el misterio a la fuerza ni con violencia; somos iniciados en él. El misterio se nos revela en la medida en que lo acogemos y dejamos que nos penetre.

La catequesis francesa, que ha sido muy didáctica y que ha tenido muy en cuenta las reglas del aprendizaje, regresa hoy al tesoro de la iniciación y de la mistagogía. No es el momento de hablar de los tanteos actuales de la investigación en este campo. Pero sí quiero subrayar dos cosas. 1.<sup>a</sup> Iniciar es sumergir al iniciado en un baño de significaciones que él no podría descubrir por ningún otro camino. En la iniciación puede saborear, experimentar, luchar con el misterio cristiano antes de toda reflexión crítica y de cualquier decisión. La iniciación hace vivir y experimentar antes de toda explicación y elección. 2.<sup>a</sup> Uno de los lugares privilegiados para esta inmersión es la liturgia viva de la Iglesia. Ella, de modo sacramental, hace presente a Cristo a través de todos los poros de la piel, mediante los gestos y el cuerpo, las palabras y los cantos.

Participar en la liturgia de la Iglesia (que no se reduce a la misa, como se dice en Francia), es siempre y en cierta manera encontrar, experimentar la presencia del Resucitado y entrar en comunicación con él. Dentro de esta visión de las cosas, en Francia se multiplican mucho los llamados «grandes encuentros» o «tiempos fuertes», en los cuales los participantes, creyentes o no, experimentan una Iglesia más amplia, con más colorido, más plural, menos elitista y asociativa. Lo que está en juego es una Iglesia que se arriesga y da razón de lo que cree!

## **El desafío de la interioridad**

Para muchos de nuestros hermanos y hermanas en humanidad, el desafío actual para vivir no es sobre todo convertirse en alguien comprometido y eficaz para el bien de la ciudad; ni es sobre todo respetar y asumir los vínculos sociales; consiste más bien en asumirse plenamente como sujeto y construirse una identidad válida. Ser sujeto de verdad no tiene nada que ver con la búsqueda desesperada de sí mismo ni con el cuidado del propio narcisismo indiferente a los demás. Ser sujeto es encariñarse con la vida, con sus posibilidades y sus cortapisas, con sus deseos y sus angustias; es aprender a soportar la conflictividad propia, para transformarla en algo mejor; es confiar en uno mismo a pesar de nuestra fragilidad e inconsistencia. Ante esta responsabilidad que incumbe a cada cual (y que la sociedad ya no sustenta), la revelación del Dios de Jesucristo se hace elocuente como una mensaje liberador para vivir. La fe cristiana es una experiencia humanizadora: posibilita una dinámica de crecimiento espiritual que mediatiza el desarrollo del sujeto.

Decir «sujeto» es decir vida subjetiva y capacidad de engendrar interioridad. Esta interioridad conlleva sentimientos y emociones, pero también juicio crítico y conocimientos. De ella saca cada persona su propia energía; y a través de ella construye su experiencia. El cristianismo puede contribuir al desarrollo de semejante interioridad. Ese Dios de amor revelado en su Hijo es íntimo al corazón humano y no se nos revela sino en las profundidades de nuestra interioridad. Como decía san Agustín a uno de sus discípulos: *«Si quieres encontrar la verdad entra en ti mismo; la verdad está en el fondo de ti mismo; entonces serás arrastrado fuera de ti hacia Dios»*. La catequesis debería suscitar continuamente la dimensión experiencial de la relación con Dios, que permite palpar o sentir su presencia en lo profundo de la interioridad.

El cristianismo no privilegia la introspección ni el mirarse uno a sí mismo; desconfiamos de los arrebatos místicos. En compensación sabemos que Dios habla el lenguaje humano, que se dirige personalmente a cada

uno. Ahora bien, nadie puede oír esta palabra si el catequista no la pronuncia. Nadie puede oír verdaderamente la Palabra de Dios sino a través de la voz de alguien que la hace resonar. ¿No equivale esto a recordar la misión de la catequesis, si ésta, como indica su etimología, consiste en ser eco de la Palabra?

Esta palabra está en la letra de las Escrituras, pero no se confunde con ella. Podemos descortezar, analizar, explicar y comprender un texto escrito sin acoger sus significaciones profundas. Este texto no nos habla. El Espíritu da vida, pero la letra puede matar (2Cor 3,6). Escuchar la palabra es entrar en esa comunicación de amor que Dios ofrece a cada uno. Cada persona puede escuchar las Escrituras en lo más hondo de sí misma como palabra actual que se dirige a ella en primera persona. A Dios no lo encontramos ni experimentamos sino como palabra viva y encarnada. Ahora bien, una palabra sólo está viva cuando es dirigida a alguien y ése contesta, porque ella considera al destinatario como interlocutor en sentido pleno. La catequesis es interactiva y dialógica porque es el ámbito en el que la Palabra de Dios toma la palabra en el circuito de las palabras humanas para mover a los que la acogen. Esta Palabra no se limita a decir; hace existir.

## El desafío comunitario

El desafío comunitario es sin duda el más difícil de superar en el plano catequístico; pero es el más decisivo para el futuro del cristianismo y para su credibilidad en el mundo occidental. En efecto, para la mentalidad contemporánea, estructurada según una nueva gramática de la existencia y que ha perdido todo instinto gregario, no hay nada tan opuesto como esta convicción de fe del Concilio Vaticano II: *«Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente»*.<sup>6</sup> Hoy día la gente cree de modo muy

---

<sup>6</sup> *Lumen Gentium*, 9.

individualista y esto complica enormemente el desafío de articular debidamente el «yo» (que afirma de ese modo su interioridad y el secreto de su intimidad) y el «nosotros» que confiesa públicamente la fe cristiana. Esta fe es esencialmente comunitaria y lograr esto constituye una de los desafíos catequísticos contemporáneos.

Muchos católicos, en Francia, contraponen Iglesia y comunidad. La Iglesia evoca la institución, la jerarquía, las normas, reglas, leyes y prohibiciones... Se trata de una realidad lejana y anticuada. Por el contrario, la idea de comunidad sugiere un lugar humano y relacional, fruto de un compromiso mutuo y de una adhesión voluntaria sin mediaciones institucionales. De un lado, una sociedad fría, con sus poderes y sus cálculos; de otro, comunidades «cálidas» en las que hay proximidad, fraternidad y compartir. En la primera se nos juzga; en las segundas podemos vivir la fe con toda libertad.

Esta contraposición es consecuencia de un malentendido. La Iglesia no es una sociedad fría, organizada jerárquicamente, ni es una comunidad cálida que excluya toda mediación; es una comunidad de hermanos y de hermanas. Como dijo Pablo VI:<sup>7</sup> *«La Iglesia es el pueblo de Dios; en él la jerarquía está al servicio de los miembros de Cristo unidos entre sí por una misma caridad»*. Los miembros de esta comunidad no se escogen mutuamente sino que son dados unos a otros, como hermanos y hermanas de un mismo Padre. No se consideran sobre todo camaradas o amigos sino que se reciben de manos de Dios, a pesar de la diversidad de condiciones, de culturas, de gustos y de opiniones. La experiencia de la vida de familia enseña a las hermanas y hermanos a aceptarse como tales sin haberse escogido mutuamente, puesto que tienen la misma filiación. En la vida familiar se dan a menudo serias violencias, pero también se dan grandes reconciliaciones... La Iglesia apuesta por lo siguiente: vivir relaciones verdaderamente fraternales en medio de relaciones asimétricas y jerárquicas. ¿De qué modo un padre o una madre de familia, un obispo o

---

<sup>7</sup> *Evangelica testificatio*, 29 de junio de 1971.

una superiora religiosa pueden ser hermano y hermana de sus subordinados sin menoscabo de su responsabilidad?

El cristianismo es una religión vinculada primordialmente al Hijo, vinculada al hermano y no a la ley. Jesucristo, hijo único, es considerado por Pablo como «*el primogénito entre muchos hermanos*» (Rom 8, 29). Si yo no me considero el único hijo adoptivo, ¿cómo no voy a considerarme hermano o hermana de la retahíla de los y de las que se confiesan hijos e hijas del amor del Padre? «*Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte [...] No amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad*» (1Jn 3, 14.18). Sabemos que hemos resucitado, adoptados en el Padre, porque amamos a los hermanos. La vida fraterna, junto con la vida de hijos, revela la paternidad de Dios. Este amor fraterno, siguiendo la vida del Hijo, es el modelo mismo del amor de Dios. En el documento *Política, quehacer de todos*, n.º 14,<sup>8</sup> el episcopado francés recordaba que los cristianos «*tienen la firme confianza de que, gracias a la resurrección de Jesucristo, todo esfuerzo, toda realización auténtica hecha en la dirección de una fraternidad mayor, no quedará sin fruto, al fin de cuentas*». El deber de la fraternización incumbe de modo imperativo a todas las personas que comparten la fe en la resurrección y que apuestan sin condiciones por el hecho de que el reino de Dios ha comenzado en Cristo.

En esta sociedad nuestra que experimenta más la ausencia de Dios que su presencia, que se deja arrastrar por una enorme indiferencia, que vive, demasiado a menudo, experiencias negativas de paternidad, la experiencia de auténticas relaciones fraternales a ejemplo de Cristo constituye, sin duda, una mediación excelente para abrirse al misterio de la paternidad de este Dios de amor. Para promover esta experiencia no basta promover ámbitos de amistad o de convivencia para un diálogo sin asperezas; hay que crear relaciones que permitan experimentar el servicio fraterno del

<sup>8</sup> Documento del episcopado francés: *Politique, affaire de tous*, octubre de 1974.

prójimo, siguiendo a Cristo. ¿Cómo experimentar que dando la prioridad al otro, haciéndose solidario de él hasta el don de sí mismo, se descubre la alegría verdadera y la verdadera libertad porque así se decuplican las potencialidades del amor? Por supuesto semejante fraternización/fraternidad es frágil, vulnerable e insegura: siempre es algo que se nos da y que hay que construir hasta la asíntota extrema descrita por Mateo: «*Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial*» (Mt 5, 44ss). La catequesis debería vivirse como un ámbito creador de relaciones fraternas en lo económico, cultural y político. En nuestras sociedades rebasadas, aquejadas de enormes contrastes en cuanto a origen, lenguas, culturas y pertenencias religiosas, este desafío es, sin duda, el más difícil de superar.

## **CUESTIONES PRÁCTICAS PARA UNA PASTORAL NUEVA**

Hay que concluir. Presentamos cuatro cuestiones sin pretender ser exhaustivos. Ellas dan idea de los campos de investigación práctica que se desarrollan en Francia, para orientar la catequesis en los años venideros.

1. Buena parte de las esperanzas pastorales se apoyan todavía en el niño; pero no nos damos cuenta de que así cargamos en exceso su barca. ¿Qué ocurre de hecho, hoy día, con muchos niños? Hay jóvenes que después de algunos años de vida en pareja (durante los cuales procuran hallar su equilibrio afectivo y profesional), tienen un hijo. Es un compromiso serio y despierta en ellos antiguos recuerdos religiosos; quieren bautizarlo pero no están casados... A partir del niño nace una nueva historia religiosa: casamiento por la Iglesia, bautizo del niño, despertar de la fe... Esta breve narración muestra que las relaciones de transmisión se han invertido: el niño es la mediación de la fe de los padres, mientras que tradicionalmente se cree que la vida familiar y el ejemplo de los padres son la mediación de la fe de los hijos. En vez de concentrar todos los esfuerzos sobre los niños, habría que concebir la catequesis como acción permanente a lo largo de toda la existencia. Ya no

puede ser el viático recibido en la infancia para toda la vida cristiana. ¿Qué necesita un niño para vivir una fe adulta de niño, y un adolescente para vivir una fe adulta de adolescente y así para cada una de las edades? Hace ya mucho tiempo nuestro viejo maestro Joseph Colomb recordaba que la maduración de la fe no se acompaña necesariamente con el desarrollo psicogenético de la personalidad humana.

2. Hemos encerrado la catequesis en lugares especializados, animados por especialistas. Nos hemos ocupado mucho de la formación de éstos. Hemos definido la noción de «lugares catequísticos». Por el mero hecho hemos apartado la catequesis de la comunidad cristiana, la cual se ha creído dispensada de este quehacer. Aún hoy día la catequesis es considerada como la antesala de la verdadera vida cristiana, no como una dimensión suya constitutiva. La hemos apartado con la esperanza de que ella fuera un aguijón para cambiar las comunidades. Sin embargo es la comunidad la que tiene que catequizar porque ha recibido esta misión. Si dejamos de considerar la catequesis como un lugar y una actividad separados y especializados, o si por lo menos aceptamos que esos lugares y actividades específicos no agotan la misión catequística de la Iglesia, entonces los diversos componentes de la pastoral podrán cultivar la dimensión catequística de su misión propia. Preguntaremos menos qué es la catequesis y especificaremos más la dimensión catequística de toda acción pastoral.
3. Si damos a la palabra «catequesis» su sentido tradicional y más estricto, como hace el DGC (n. 62), tenemos que *«sólo si se apoya en la conversión y en la actitud interior del creyente, podrá la catequesis propiamente dicha llevar a cabo su cometido específico de educar la fe»*. Esto supuesto, nos podemos preguntar si no invertimos demasiado en esta actividad, en cuanto a personas, tiempo y recursos, en perjuicio de las tareas de evangelización, mucho más urgentes en el contexto contemporáneo. Se le pide a la catequesis que arregle todos los problemas de la Iglesia y se le reprocha que quiera ocuparse de todo. Si damos a la palabra «catequesis» un sentido más amplio, como el

DGC (n. 52), resulta que «*la catequesis realiza no sólo su misión de iniciar sino también quehaceres misioneros*». En este supuesto no podemos separar totalmente los tiempos de búsqueda y primer anuncio, de los tiempos de descubrimiento e iniciación, de maduración y mantenimiento. En mi país, la catequesis es considerada, fuera de los ambientes eclesiales, como un espacio público de educación que contribuye, igual que otros, al servicio educativo de la nación. Incluso se pide a algunas catequistas que participen en la vida municipal, en atención a sus competencias y al servicio educativo que prestan. Se ha comprobado que en un número importante de diócesis de Francia, por lo menos el 10 % de los niños o jóvenes catequizados no están bautizados ni piden el bautismo. No acuden sobre todo por motivos religiosos sino por el buen ambiente y las relaciones humanas.

Según privilegiemos el sentido estricto o el sentido amplio, la catequesis tendrá diferentes objetivos, diferentes contenidos y etapas.

4. Otra cuestión: preguntarnos si para estructurar la catequesis no sería mejor apoyarse en el año litúrgico y sus tiempos fuertes (Navidad, Pascua, Pentecostés y Todos los Santos) en vez de apoyarnos en el año escolar, para el cual los tiempos fuertes de la liturgia son tiempos de vacaciones, es decir, tiempos débiles. Habría que concebir las progresiones catequísticas no como secuencias lineales por temas o encabezamientos de capítulo, sino como despliegues concéntricos y arborescentes del misterio de la fe pascual. En realidad esos tiempos fuertes litúrgicos no son tiempos excepcionales de los que se pueda prescindir, como ocurre a menudo hoy día; son los núcleos estructurantes del recorrido.